

cho; elevó al cielo una mirada sublime como recomendándose; quiso hablar; dejó al niño entre los brazos de su marido..., y expiró sin poder pronunciar una sola palabra.

Los representantes de la ley permanecieron inmóviles y consternados; no sabían cómo llenar su terrible misión.

Durante algunos momentos sólo se oyeron los sollozos de Miguel. ¡Salía de este mundo la sola mujer á quien había amado, y se llevaba con ella todo su corazón!

¡Cuántas dulces esperanzas volaban al cielo con el último suspiro de Hortensia! Aquel hombre fuerte, aquel héroe en la guerra, vió el mundo desierto ante sus ojos, y el porvenir se le presentó tempestuoso y sombrío, como se le presenta el mar al pobre náufrago en una noche de tempestad.

La voz del comisario le sacó de aquel paroxismo doloroso.

—Señor Conde—le dijo acercándose á él y con acento casi respetuoso:—debo decir á usted que las órdenes que tengo acerca de su persona son terminantes, y que debemos salir en seguida. Yo dejaré aquí una persona de toda confianza que dedique todos sus cuidados á los restos de la señora Condesa. Además, yo me encargo de su hijo de usted, á quien cuidaré lo mismo que al mío hasta que luzcan para usted días más dichosos.

Miguel se levantó, abrazó con íntima y tristísima ternura el cadáver de su esposa, cerró sus párpados, la besó dos veces en la frente y en las manos, y luego tomó de la mano á Félix y se lo presentó al comisario.

—Lo entrego á la conmiseración de usted, caballero—le dijo;—piense usted que es ya mi solo bien y la única esperanza que me liga á la tierra.

El magistrado tomó al niño en sus brazos.

—Venga también su hija de usted—repuso con voz entrecortada por la emoción al ver llorar á Irene silenciosamente;—¡los dos lo serán míos hasta que su padre venga á buscarlos!

—¡Mi hija...!—gritó el Conde con un acento arrancado á lo más íntimo de su alma;—¡mi hija esa criatura!; ¡la hija de mi enemigo..., del verdugo de mis hijos, de mi esposa...!

—¡Cómo!—exclamó el comisario;—¿esa niña...?

—¡Salgamos de aquí!—interrumpió el Conde, que se ahogaba de cólera y de dolor.—¡Salgamos! ¡El más horrible calabozo, el cadalso mismo es preferible para mí á su vista!

El Conde se lanzó fuera del aposento, y todos le siguieron; sólo quedó Irene, sentada en el borde de su pequeño lecho, y mirando con sus grandes y tristes ojos el cadáver de la Condesa.

De repente sintió abrirse silenciosamente la ventana del aposento que daba al jardín de la casa; apareció en ella una forma negra, y bien pronto un hombre envuelto en una capa, y cuyo

rostro estaba cubierto con una careta de terciopelo, se precipitó en el aposento.

Adelantóse hacia el lecho, sin que á Irene le hiciese lanzar un solo grito; parecía tranquila, y hubiérase dicho que aguardaba lo que estaba sucediendo.

Llegado el incógnito junto al lecho, cruzó sus dos brazos sobre el pecho, mirando sombría y silenciosamente el cadáver.

—¡Ya has muerto!—murmuró;—y sin embargo, yo no quería matarte, ¡desgraciada criatura! ¡Oh! —prosiguió, llevando al corazón ambas manos.— ¡Oh, cuánto te he amado! ¡Cuán bueno, cuán grande y generoso hubiera sido yo, amado por ti! Mi corazón gigante no hubiera desconocido ninguna virtud, alentado con tu mirada y tu sonrisa. Aún al mirarte muerta, tan hermosa, tan santa, tan apacible, quisiera llevarte conmigo, é ir á apagar ante tu cadáver el furioso hervor de mi venganza. ¡No, yo no quería que tú murieses!; ¡quería sólo matar á ese hombre que me preferiste, á ese hijo que te queda, y que tú vivieras viuda y sola para verte yo alguna vez, aunque fuera sin que me vieras tú! ¡Pero tú, débil caña, no has podido resistir las tempestades de mi rencor, y te has doblado sobre la tumba para no levantarte jamás!

Calló aquel hombre terrible; dejóse caer de rodillas ante el lecho, y apoyando sobre la blanca mano de la Condesa su culpable frente, derramó un torrente de lágrimas.

¡Era la primera vez de su vida que lloraba!

—¡Adiós!—dijo tras una larga pausa.—¡Duerme en paz el sueño de los ángeles y el de los mártires, que las dos cosas has sido sobre la tierra, y bendita seas por haber tenido á tu lado á mi hija y por haberle dejado alguna cosa de ti!

Dichas estas palabras se acercó á Irene y quiso tomarla en sus brazos; pero la niña, ágil como una cervatilla, saltó del lecho y huyó al otro extremo de la estancia.

—¡No!—gritó;—¡no quiero ir contigo! ¡Antes me dejaré matar, como mataste al pobre Juan y á mi hermano Víctor!

—¡Irene!—exclamó aquel hombre con dolorido acento;—¿no sabes que soy tu padre?

—¡No tengo más padre que el que ha salido ahora de aquí!

—¡Hija mía, hija mía! ¡Si un día la sed de la venganza me hizo renegar de ti, entregándote en manos mercenarias, hoy que el dolor ha ablandado mi corazón, vengo á buscarte!—exclamó entre sollozos Río-Santo.

—Hoy no tengo yo padre—repuso la niña, á quien la precocidad de su inteligencia y su hermosa y robusta figura aumentaban cuatro años á los diez que contaba.

Pero su terrible padre no tenía tiempo que perder; desistiendo de toda discusión con aquella criatura, se acercó á ella y la tomó entre sus robustos brazos.

Irene comprendió que era inútil toda resistencia; cerró los ojos y se resignó.

Un instante después, Río-Santo, llevando entre los brazos á su hija, volvía á salir por la ventana que poco antes le había dado entrada.

X

Seis meses después, un coche de colleras, y tan pesado como todos los que se usaban á principios del siglo, marchaba por el camino que lleva desde Madrid á Barcelona, al tardo paso de cuatro robustas mulas adornadas de cascabeles y plumeros de lana encarnada.

Á través de las estrechas y altas ventanillas podía divisarse fácilmente á los viajeros, que eran dos: un hombre como de cuarenta y seis años, y una niña que aparentaba catorce, pero que no obstante sólo había visto florecer once primaveras.

Eran Río-Santo y su hija.

¿Adónde iban?

Yo puedo decírselo á mis lectores.

El Marqués, que no era otra cosa que uno de esos extranjeros espías ó emisarios del Gobierno francés, asalariados por él, y que en tan gran manera contribuyeron á la encarnizada lucha que tanta sangre costó á España, pasaba á Francia: tenía en Marsella muchos asuntos que evacuar, y algunos también en Barcelona.

Hijo de una obscura familia del Brasil, había

emprendido desde muy joven su aventurera y borrascosa vida; Marqués por su voluntad, la casualidad había querido que adoptase unas armas casi iguales á las que el Rey Fernando VII había dado al Conde de C..., como premio de sus gloriosos servicios en la guerra.

Toda su vida se había pasado en galanteos ruidosos, en hechos de armas y, sobre todo, en intrigas más ó menos tenebrosas. Cuando llegó á convencerse de que Hortensia jamás podría amarle, se casó con una joven que hacía largo tiempo había conocido en París, y que estaba profundamente apasionada de él.

Pero la desgraciada tardó poco en perder todas sus ilusiones y en conocer al hombre á quien se había unido para siempre; los largos y misteriosos viajes de su marido, sus salidas nocturnas, sus cambios de nombre y de domicilio, todo contribuyó á despertar en su alma sospechas crueles.

Indagó, siguió los pasos de Río-Santo, y muy pronto pudo convencerse de toda la extensión de su desgracia. Su marido era espía de Murat; era un aventurero asalariado y que no retrocedía ante ningún crimen.

Para colmo de sus penas comprendió también que aquel hombre seguía alguna terrible empresa de venganza personal y que nada tenía que ver con la política; algunas palabras escapadas en sueños de los labios de Río-Santo, se lo dijeron así, sin que le quedase el más ligero asomo de duda.

Tantos golpes acabaron con la salud de la pobre joven, que amaba hasta la idolatría á aquel gran criminal.

Calló su dolor, sus amarguras; bebió sus lágrimas, y murió víctima de su desengaño, encargando su hija á aquel hombre duro y feroz.

Las súplicas de la infeliz mártir que se moría, hicieron vibrar una cuerda sensible en el alma de Río-Santo; él mismo ignoraba que existiese aquella fibra en su alma petrificada por el abandono de Hortensia.

En el instante mismo en que lo encontramos en el camino de Cataluña, iba rico de dinero, pero enteramente exhausto de ilusiones, acompañado de su hija; había perdido á Hortensia, su solo amor en el mundo, ó por mejor decir, su primero y último amor de la tierra, y aquella muerte, que él había causado, pesaba sobre su corazón como una montaña de piedra.

La guadaña que sirve de cetro á esa deidad inflexible, le amenazaba todavía: allí, al lado suyo, estaba Irene, lánguida, y también casi moribunda. La pobre niña, en la misma noche que su padre la sacó de la casa de Hortensia y de junto al lecho de muerte de aquella mujer tan amada, había vuelto á la pobre casita de la anciana Catalina; puede calcularse el estrago que causaría en aquella voraz imaginación la estancia de unos sitios tan llenos para ella de dulces y desgarradoras memorias, y de los cuales había salido casi moribunda.

Sin embargo, aún vivía cuando su padre fué á recogerla para pasar á Francia; como una corderilla se levantó del lecho en que descansaba, envuelta en una bata blanca, y siguió á aquel hombre terrible á quien llamaba padre.

Sentada á su lado en el carruaje, con la cabeza doblada sobre el pecho, parecía una flor tronchada por el huracán.

Era cerca del anochecer cuando llegaron á una pequeña aldea en la que había una posada; el estado de Irene era tan alarmante, que su padre quiso detenerse allí dos horas para conseguir se la proporcionase un poco de caldo caliente.

—Vamos, querida mía—la dijo al bajar,—un poco más de ánimo, y todo acabará bien. Vamos á París, que es una hermosa ciudad; ya no saldrás de allí, pues te pondré en el convento del Sagrado Corazón, en el que permanecerás hasta que salgas de él para casarte.

Irene sacudió tristemente la cabeza, y siguió á su padre á un extremo del patio de la posada, en el cual había un banco de piedra.

De repente, y no bien se había dejado caer Río-Santo en el asiento, se oyó el rumor aún lejano del coche.

El brasileño se levantó como si quisiera ocultarse; pero antes de poner por obra su propósito, el coche, que venía rápidamente, se detuvo, y saltó de él un hombre de aspecto doliente, pero noble y simpático.

Aunque aún estaba en el vigor de su edad, parecía agobiado por una vejez prematura; su cabello estaba del todo blanco; sus grandes ojos negros, que en más felices días debieron ser hermosos y llenos de fuego, estaban hundidos y apagados; llevaba una levita de paño azul militarmente abrochada, y en uno de sus ojales diferentes cintas, que significaban otras tantas condecoraciones.

Detras de él bajó del carruaje un oficial, que mandó detener á una partida de guerrilleros que rodeaba el carruaje, custodiándole con un cuidado que atestiguaba la importancia de aquel personaje.

Al verle, pareció quedar enclavado en su sitio el brasileño; dilatáronse y brillaron ferozmente sus ojos; luego dió una vuelta y fué á buscar al oficial, que estaba pidiendo un refresco.

—Caballero—le dijo,—¿tiene usted la bondad de decirme el nombre de ese preso?

—Sí, señor—respondió aquél:—es el Conde de C...

—¿Adónde va?

—Al castillo de Cardona.

—¿Puede saberse cuál es su delito?

—Ha sido acusado de connivencia con los españoles, ante el Gobierno francés que hoy rige.

—¿Por quién?

—¿Quién puede saber eso, caballero? Lo que sí se puede asegurar es que tiene algún enemigo

oculto y poderoso, y que es completamente inocente.

Río-Santo dió gracias al oficial con una inclinación de cabeza, y volvió sus ojos hacia el preso.

Era Miguel, en efecto; Miguel, pálido, abatido, envejecido; pero siempre noble, hermoso en su misma desventura y digno en su dolor.

Detúvose en la puerta de la posada, y tendió sus ojos por la campiña, que ya empezaba á iluminar la luz de la luna.

—¿Vamos á dar una vuelta, señor Conde?—dijo el oficial adivinando su pensamiento con ese instinto de las almas jóvenes y generosas.

—Vamos, y gracias—respondió Miguel.

Los dos se internaron en un bosquecillo de hayas que se extendía delante de la puerta, y dieron algunos pasos conversando amigablemente.

Miguel hablaba al joven oficial con una calma suave y bondadosa.

El oficial, con un acento lleno de respetuosa deferencia.

Al volver para cruzar de nuevo la extensión del bosque, el Conde hizo un gesto de repulsión y casi de espanto.

Tenía á dos pasos de él al Marqués de Río-Santo, que le contemplaba con una mirada chispeante de orgullo satisfecho y con una sonrisa de triunfo.

La ira iluminó las severas facciones de Miguel; el dolor, el odio, se agitaron en su alma como fú-

nebres teas; acercóse al oficial, y le dijo con voz entera y firme:

—Caballero, ¿me estima usted en algo?

—Le estimo á usted y le respeto profundamente, señor Conde—respondió el joven.

—¿Cree usted en mi probidad, en mi honradez?

—Lo mismo que creo en la de mi padre.

—Pues bien; es forzoso que me lo pruebe de un modo.

—No retrocederé ante ningún medio de probarlo á usted.

—Présteme usted su espada.

El oficial retrocedió dos pasos á pesar de sus promesas.

Se trataba de un reo de Estado, cuya suerte aún no estaba decidida, y que podía ser condenado á muerte.

—Mire usted á ese hombre, caballero oficial—prosiguió el Conde, señalando á Río-Santo.—Ese hombre ha sido el asesino de mi padre, á quien clavó cobardemente un puñal en el corazón; el asesino de mis dos hijos, á uno de los cuales ahogó entre sus brazos; el asesino de mi esposa, á la que arrojó contra un mueble, hiriéndola de muerte: ¿qué merece este hombre?

—¡La muerte!—respondió lacónicamente el joven oficial sacando del cinto su espada y alargándola al Conde.—La muerte, porque yo creo á usted bajo su palabra, y estoy cierto de que le ha hecho todas esas ofensas.

Miguel asió la espada con mano frenética de impaciencia, al mismo tiempo que el Marqués, desabrochando su gabán, sacaba la suya de la vaina.

—¿Es un duelo?—dijo el oficial;—¡tanto mejor! No merece usted, señor Conde, mancharse con la sangre de un asesino.

—¡Sí, es un duelo!—repuso Río-Santo;—¡es un duelo, pero terrible, encarnizado, á muerte! ¡Sí, todo lo que ese hombre ha dicho es verdad! ¡Yo he sido el verdugo de toda su familia, y á él le he dejado la vida porque me parecía la muerte muy dulce para el odio que le tengo! Muriendo, hubiera acabado de padecer, y yo quería que padeciese mil muertes. Pero ya que no hay remedio, ¡luchemos, y que mi odio anime y fortalezca mi brazo!

Al acabar estas palabras centellearon las espadas á los rayos de la luna, que brillaba en el cenit; el oficial se refirió á un lado, mirando con los ojos impasibles de la persona avezada á arrostrar todos los días la muerte, aquella lucha que era mortal también.

Durante algunos instantes las espadas se chocaron con furor; por fin el Conde, más diestro ó más feliz, tiró á Río-Santo una estocada tan certera, que la levita del brasileño se tiñó de sangre.

El furor hirvió entonces en el fondo de aquella alma sombría; perdió ya la serenidad, y desde aquel instante toda la ventaja fué de Miguel, que

tardó poco en desarmar á su enemigo con un vigoroso quite.

Cayó Río-Santo sobre una rodilla, y el Conde levantó su espada vencedora sobre aquella cabeza culpable.

—¡Dios nos manda *perdonar las injurias!*—gritó una voz dulce y penetrante como el cántico de un serafín.

Volvióse el Conde, y halló á su lado, de rodillas y con las manecitas cruzadas, la pálida y sublime figura de Irene.

—¡Señor!—continuó la niña, elevando hacia él sus plegadas manos;—¡señor, aquella santa que me sirvió de madre durante tanto tiempo, y que hoy vive en el cielo, me dijo que para ir allá era preciso perdonar á nuestros enemigos! ¡Señor, tú que tanto la querías, no desoigas el ruego que te hace hoy por mi boca!

El brazo de Miguel permanecía inmóvil con la espada levantada, como San Miguel en su lucha con el dragón; pero su rodilla oprimía aún el pecho de su enemigo. Irene continuó:

—¡Señor!: una noche, ese desgraciado, ese gran criminal á quien yo llamo padre, entró en la habitación en que dormían tus hijos y yo bajo el amparo de tu santa esposa; ésta vió la muerte sobre la cabeza de los dos niños...; no halló más medio de separarla que amenazar mi vida...; pero mi padre le dijo que le importaba poco mi existencia, á trueque de llevar á cabo su venganza... Sin em-

bargo, sus ojos y su semblante decían lo contrario... Pero la madre de tus hijos no me tocó, y aunque se los robó á los dos y te mató al uno... yo ocupé á su lado el lugar del que había perdido... ¡Señor, yo debo subir muy pronto allá arriba! Déjame que le pueda decir estas palabras: «¡Señora mía: para poder pagarte de algún modo tu abnegación y tu caridad, he evitado al hombre que tanto amaste, al padre de tus hijos, el que se cubra de sangre, y he alcanzado de él que *perdone las injurias* como tú me decías que se debe hacer!»

Al acabar de pronunciar Irene estas palabras, ya había caído la espada de las manos del Conde; se paró al instante la rodilla del pecho de su enemigo, y cayó de hinojos cerca de él.

—¡Señor, Dios mío!—exclamó levantando su noble rostro hacia la bóveda celeste;—¡gracias te doy por haberme deparado un ángel sobre la tierra que me recuerda en medio de mis desgracias tu sublime precepto! Viejo estoy de corazón y de cuerpo; la esperanza terrestre ha muerto en mí; nada veo en derredor mío más que tinieblas y abandono. Pero aún me queda la esperanza de tu gloria y la palma de mi largo martirio. Sí; yo confío en que al ahogar en mi pecho todo rencor, tú me guardarás un asiento al lado de mi esposa y de mis hijos.

—¡Levántate—añadió volviéndose á Río-Santo,—y agradece, después de Dios, á tu hija el beneficio de la vida!

Nada respondió el brasileño: de hinojos en el suelo, lloraba con el rostro oculto entre sus manos.

Las palabras de su hija, las sublimes frases de Miguel, la influencia de aquella bella y serena noche, y quizá más que todo, el dedo de Dios, ablandaron aquel corazón empedernido.

Volvió á Miguel su rostro lleno de lágrimas, y le miró con una admiración que nada tenía de fingida.

—¿Es posible que me perdones mis iniquidades?—exclamó juntando las manos.

—Sí—respondió Miguel,—yo te perdono de todo corazón; y si algún día te viera pobre y afligido, te daría consuelo, albergue y la mitad de mi pan.

—¡Oh, qué razón tenía ella en preferirte!—murmuró Río-Santo mirando al cielo, como si buscara en él la sombra errante de Hortensia.

Luego se levantó, y tomando á Irene de la mano, se volvió hacia el Conde.

—Te doy á mi hija—le dijo;—nada más puedo darte que sea digno de ti; á mi lado sería muy desgraciada; al tuyo será feliz, porque yo soy indigno de poseerla, y ella no puede además mirarme sin horror.

—¡Ay!; yo voy preso—murmuró el Conde,—y mi propio hijo está depositado en extrañas manos.

—Dentro de ocho días serás libre—repuso Río-Santo;—yo, que forjé tus hierros, sabré romperlos.

Irene tomó entonces la mano de Miguel, y le dijo con su dulce y argentada voz:

—Señor, yo he oído hablar alguna vez de unas casas donde hay muchas jóvenes que se emplean en rezar por los pecadores y en alabar á Dios; ¿es cierto que las hay?

—¡Sí, hija mía!—respondió Río-Santo;—esas casas existen y se llaman conventos; ¿querrías tú ir á ver uno de ellos?

—Quiero vivir en uno de ellos en tanto dure mi vida; allí, padre mío, rogaré al cielo porque te vuelva á la senda del bien, y porque haga dichoso al hombre generoso que te ha perdonado. Déjame que ofrezca á Dios mi inocencia y mi vida, en satisfacción de tus culpas.

—¡Sea!—dijo el brasileño tras algunos instantes de doloroso silencio; y abrazando á Irene convulsivamente, desapareció con la velocidad del rayo.

Aquella alma tenebrosa había sido iluminada con la luz del arrepentimiento; pero, asombrada de sus fulgores, iba á buscar la soledad para recogerse por algún tiempo en sí misma.

Ocho días después salía Miguel del castillo de Cardona, al cual sólo hacía algunas horas que acababa de llegar.

El joven oficial que le había escoltado le dió la noticia con los ojos humedecidos por lágrimas de alegría.

En la Real orden, fechada en Cádiz, había unido un diploma con un sello que decía así:

«Vengo en añadir á las armas que tengo concedidas al Conde de C... una corona de laurel atravesada por este lema: «PERDONAR LAS INJURIAS», pues no hay victoria más gloriosa que la de vencerse á sí mismo.—Yo, EL REY.»

El Conde voló á San Sebastián en busca de su hijo, y ambos acompañaron á Irene al convento de religiosas Carmelitas de la misma ciudad.

Nada fué bastante á separarla de esta resolución. Á todas las reflexiones, á todos los ruegos de Miguel y de su hijo, respondía:

—Tengo que rogar á Dios por mi padre.

Como un año había transcurrido desde la entrada de Irene en aquella santa casa, cuando fué pasado por las armas un personaje misterioso, al que se le habían hallado papeles y documentos de inmenso valor para el Gobierno español.

Era un espía de Joaquín Murat.

Murió contrito, y encargó se le enterrase en el cementerio de San Sebastián, é inmediato á una sepultura que tenía en su lápida este sencillo y poético nombre:

HORTENSIA

El espía era el Marqués de Río-Santo.

FIN DE «LA MAYOR DE LAS VICTORIAS»